

Trosly, Abril 2003

Todo lo que ocurre actualmente en el mundo es profundamente preocupante. Sin embargo tengo confianza. Ciertamente, hay gobiernos, grupos religiosos y culturales, así como corazones que se cierran y se endurecen; tienen necesidad de afirmar su identidad por la fuerza de demostrar que son los mejores. Pero, al mismo tiempo, cada vez más y más personas de pertenencias muy diversas se levantan para afirmar que es posible resolver los conflictos a través del diálogo, que existe una justicia universal, que juntos podemos tomar los caminos de la paz. Estos creen que la felicidad se encuentra en la cooperación, la compasión, la escucha y la aceptación mutua y unen sus capacidades y su competencia al servicio de las personas más frágiles. Es por eso que tengo confianza. Cada uno de nosotros está llamado a ser competente y realizar esfuerzos para crecer humanamente y espiritualmente y ponerse al servicio de los demás. Esto pide humildad, apertura y capacidad de escucha. Estar ahí no para demostrar que somos superiores a los demás, sino para ponernos juntos al servicio del bien de todos.

La vida comunitaria en el Arca y en Fé y Luz nos ayuda a descubrir que la fragilidad puede ser una ocasión de compartir, de intercambios, de encuentros, de cooperación, de amistad.

Rene Leroy de la comunidad de el "Levain" en Compiègne dijo un día: "Yo, solo, no capáz".

Acoger su fragilidad es un signo de madurez. "Si, solo no puedo hacer todo.

Necesito de ti". Una comunidad no vive más que cuando se da cuenta que nos necesitamos unos a otros. La paz no puede venir, sino cuando descubrimos y respetamos el aporte de cada cultura, de cada pueblo, en lo que tienen de mejor.

El corazón humano está tan herido que a menudo tenemos miedo de decir "te necesito". Tenemos miedo de admitir nuestras incapacidades y nuestros límites. Para derrumbar los muros que hemos creado alrededor de nosotros, para desarmarnos, acogernos tal como somos, para volvernos vulnerables, necesitamos una fuerza nueva que viene de Dios. Jesús dice a Pablo: "Mi fuerza se despliega en tu debilidad" (II Cor 12). Pero para apoyarnos en Dios, para distinguir entre una fragilidad que nos dirige hacia Dios y una fragilidad que es miedo y depresión, necesitamos ser amados y bien acompañados.

Jesús nos muestra el camino del amor: " Améense los unos a los otros como yo los he amado"(Jn 13,14). Solo el amor recibido sana nuestros corazones y nos conduce a amar.

Solo el amor recibido nos permite acoger nuestra fragilidad. La fuerza tan a menudo destroza, rebaja, destruye, dá miedo y despierta sentimientos

de venganza. El amor hace descubrir al otro quien es él, le revela su bondad fundamental y hace surgir lo que hay de más bello en él. Es cierto que Jesús que tanto amó a la gente fue él mismo rechazado, herido, arrestado y finalmente llevado a la muerte. Pero su fragilidad y sus sufrimientos son fuente de vida.

Necesitamos de ésta agua, signo del Espíritu Santo, que derrama de su corazón traspazado, para tener el valor y la fuerza de tomar el camino del desarmamiento, de la vulnerabilidad, de la apertura a los demás.

La fragilidad de Jesús ha sido seguida de su resurrección. La resurrección no es un acontecimiento espectacular; es humilde, pequeña, escondida. Jesús no ha querido humillar a los que lo habían humillado. Apareció a María Magdalena, después a algunos de sus discípulos, no para juzgarlos o criticarlos por su falta de confianza en el momento de su aflicción, sino para darles la paz: " la paz esté con vosotros". Luego, los envía en el mundo para ser a su vez signos de paz y de perdón. Nuestras comunidades del Arca y de Fé y Luz, con muchas otras, quieren ser pequeños signos que el amor, la paz, la comunidad son posibles.

Todas las grandes religiones nos recuerdan que para que nuestra verdadera persona crezca, para que un amor pueda brotar de lo más profundo de nuestros corazones, hay que despojarnos de nuestros egoísmos y de nuestros miedos. Jesús nos recuerda con frecuencia que para vivir y dar frutos hay que morir a nosotros mismos. Nos promete el Espíritu Santo para que podamos renacer en el amor. Es un largo pero muy bello camino sobre el cual queremos todos caminar para que nuestras comunidades irradien la paz.

Con Odile Ceyrac acabo de dar un retiro para 85 asistentes de primer año que venían de 40 comunidades. Hace cerca de 20 años que damos este tipo de retiros. Con el equipo de organización y los sacerdotes acompañantes, nos decíamos que habíamos visto raramente en estos retiros un grupo de hombres y de mujeres tan maduros y capaces de un tal silencio. Viviendo con éste grupo pensé que hay una gran esperanza en el Arca. Estos hombres y éstas mujeres estaban tan abiertos a la palabra, a los compartires, al mistero de la fragilidad de Dios que es más fuerte que todas las sabidurías humanas. El camino de acogida de la fragilidad no es una utopía; es un camino de paz que muchos empiezan a emprender.

¡Y nuestro hermano Raphael se ha ido! Se ha unido al padre Thomàs y a tantos amigos del Arca y de Fé y Luz.

El fue la primera persona que acogí, junto con Philippe. Raphael se nos adelantó en el reino de Dios, al banquete de amor. él que decía a menudo " casarme, casarme"; él a quien tanto le gustaba quejarse mirando su reloj y diciendo " demasiado tarde , demasiado tarde"; él que después de una violencia sabía pedir perdón llorando; él que miraba a cada uno con tanta ternura y que sabía reír a carcajadas y hacer reír a todo el mundo;

él a entrado en las bodas eternas. Amaba su comunidad, "la Rose des Vents". Amaba el Arca y era tan amado. EL velará ahora por nosotros. Dios nos ha bendecido orientándolo el primero en el Arca, con Philippe. Raphael nos a abierto un camino de amor. Doy gracias por su vida y por todo lo que recibí de él. Su fragilidad me ayudó a acoger mis propias fragilidades y a decir: " Te necesito". Tantos entre vosotros me enviaron mensajes de comunión y de ternura a la ocasión de su partida. ¡Gracias! Sentí cuanto somos una familia creada por Dios donde necesitamos los unos de los otros. Que la paz de Dios sea con cada uno.

Les abrazo,

Jean Vanier
